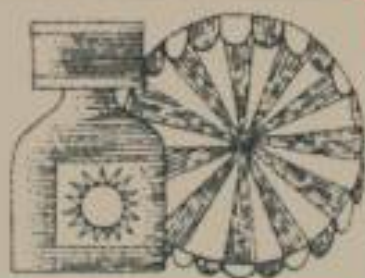




SPANISH

JULIO MANEGAT

SHOW



Julio Manegat analiza en esta novela el fenómeno del turismo en cuanto al paisaje humano y geográfico español que recibe la afluencia extranjera.

Su consideración de este fenómeno da como resultado no sólo una novela tensa, dura y amable al propio tiempo, sino una meditación que va más allá de una anécdota profundamente humana descrita bajo el imperativo de una calidad literaria impecable.

La constante que aparece en otras obras del autor —el enclave de una problemática social llevada, en último extremo, a una valoración religiosa— plantea un horizonte inesperado a la grandeza de esta novela que el lector, tan sólo iniciar su lectura, no podrá abandonar hasta la última página.

Spanish Show es un libro valiente, tierno y acusatorio hacia lo que fue una España inventada con urgencia para la recepción turística.

En esta novela se citan nombres, de establecimientos diversos, que sin duda le serán familiares al lector. Se trata de nombres plenamente turísticos que se encuentran en gran número de poblaciones de la costa mediterránea. Su valor aquí es simbólico y en modo alguno se refieren a empresas concretas. Lo mismo podría decirse de algunos personajes: cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia... aunque existan muchas.

J. M.

EL AVISO LO HABÍAN CURSADO desde el camping «El Sol». No hacía aún ocho días que al fin, pudo instalarse el teléfono y era la primera llamada que desde el camping se hacía al cuartelillo de la Guardia Civil. Todo el mundo lo llamaba así, cuartelillo, aunque, en realidad, sobre la puerta de entrada se leyese «Casa-Cuartel». En ella vivían, con sus familias los que la tenían, seis guardias, un cabo primera y un brigada que ostentaba el alto cargo de comandante militar de la plaza. En realidad no hacía falta más. Lo malo era durante los meses de verano, porque entonces la población aumentaba hasta cuatro o cinco veces su habitual censo. Normalmente, la dotación de la Casa-Cuartel no se quejaba porque, en la Costa, los pueblos estaban muy cerca unos de otros y así el servicio no resultaba demasiado penoso. Los veranos complicaban bastante las cosas y cada dos por tres tenían que estar en danza, como ahora por uno de esos dichosos accidentes de carretera. No era de extrañar porque miles y miles de coches pasaban continuamente ante el edificio del cuartelillo a unas velocidades arriesgadas. El número de accidentes se multiplicaba de año en año, a compás del aumento del nivel de vida y del crecimiento turístico.

—Entonces, ¿para qué se está de servicio? La pareja por ahí, paseando la playa y dando sustos a los tórtolos mientras el jaleo está en otro sitio. El pato lo paga el que duerme tranquilamente. Debíamos ir a buscarlos y que fuesen ellos.

—Vaya una vez por otra, ¿no, Juan? Al fin y al cabo ésta es nuestra profesión...

—Sí, el servicio y todo eso. A veces le dan a uno ganas de...

—¿De qué?

—De pedir el adiós y hacer cualquier cosa, igual que esos que están chupando del bote del turismo, aunque sea como camareros.

Florencio Alcántara no comparte la opinión de su compañero. Lleva la profesión en la sangre y la ama, con todos sus sacrificios y sinsabores. Lo único que ahora espera es que le otorguen el traslado que ha solicitado.

—¿De qué te ríes, si puede saberse?

—De ti. Te imagino de camarero y con el tricornio puesto. ¡Menuda facha!

Ríe él también la broma del compañero mientras termina de ajustarse el correaje.

—¿Listo?

—Sí, vamos, que hay casi cuatro kilómetros.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa ahora, Juan?

—¡La rueda, que está deshinchada! Si es un pinchazo...

—Toma la bomba. Prueba a ver.

—Dame.

Se inclina y rápidamente enrosca el extremo de la bomba; acciona el émbolo y su brazo se mueve con energía, arriba y abajo. La rueda, el neumático, se hincha. Con el pulgar comprueba la dureza y se inclina de nuevo, presto el oído al menor silbido que el aire, si hay un escape, pueda producir.

—Menos mal. Anda. Vamos.

Al salir a la calle, frente a la carretera, apenas se insinúa el amanecer. El silencio en que está sumido el pueblo lo convierte en un fantasma de sí mismo, lejos del esplendor y la luz de unas horas antes, cuando la plenitud de la noche lo es también de las salas de fiestas, de las boîtes, de las cafeterías, de los dancings... Todavía, como una huella que se niega a desaparecer, están encendidas las luces verdes

de «Los claveles», la sala de fiestas inaugurada esta temporada, y que, al otro lado de la carretera, se distinguen a lo lejos, entre los pinos.

Llevan las bicicletas sujetas por el manillar mientras avanzan hacia la carretera, donde, frente a las últimas casas del pueblo, se acaban de apagar las luces. Un coche cruza en dirección a la ciudad y sus faros de intensa luz amarillenta, casi anaranjada, son como dos inmensos ojos abiertos a la noche que, segundo a segundo, da paso al nuevo día.

—¡Cualquiera sabe lo que ha sido! Ni me ha dado tiempo a preguntarle. Lo único que he entendido, el tío estaba muy nervioso, es que un coche se había estrellado y que había un herido.

—Ya se lo habrán llevado. Cualquier automovilista.

—O no. Que hay gente con muy poca conciencia.

—Eso.

—Pon la luz, tú.

—Ya amanece.

—Pero aún está oscuro.

—Se acaba el verano, Florencio. Dentro de unas semanas, ni un gato en el pueblo. Ya tengo ganas.

—Cualquiera diría que te importa a ti mucho que el pueblo esté lleno o vacío de turistas y de veraneantes.

—Se está más tranquilo. Además, que esas mozas le vuelven a uno loco.

—A quien se deje será, creo yo.

—¿Qué vas a decir tú, casado y con un chaval? Bien amarrado que te tiene la Lola, ¿o no?

—Y aunque así no fuera, aquí, en cuanto da uno un paso ya lo sabe todo el pueblo. ¡Pues sí que está esto para gaitas! Pedalea, mocé, que es para hoy.

Se montan en las bicicletas y comienzan a alejarse del pueblo, en dirección a Barcelona. El aire refresca en la amanecida y los dos hombres entornan los ojos. Va uno delante del otro y, el de atrás, Juan Riumalló, acompasa su marcha a la del compañero. Juan Riumalló, treinta y dos años,

soltero, piensa que Florencio Alcántara tiene razón y que en el pueblo no hay manera de liarse con una chica porque, en seguida, o le casan a uno o dicen que es un calavera. Claro que si él estuviera casado, como Alcántara, no se le irían los ojos tras las chicas extranjeras que pasean por el pueblo con esos pantalones cortos que son una maravilla, aunque las mujeres digan que son una indecencia. Las turistas pasan a veces delante de la Casa-Cuartel y les miran siempre con curiosidad, pero como desde lejos, sin atreverse a sostener la mirada. Juan Riumalló recuerda una tarde en la que estaba sentado, al regresar de un servicio, a la puerta del cuartelillo. La chica, una muchacha alta y rubia como un rayito de sol, se quedó mirándole mientras él liaba un pitillo. Cuando él levantó la cabeza y le sonrió, la chica se ruborizó como si la hubiesen pillado en falta. Era muy joven y su piel morena contrastaba con el color del pelo.

El guardia civil Juan Riumalló frena y apoya un pie en tierra.

—¿Qué hay?

—No sé, me parece que otra vez esta rueda...

—Pero si está bien, hombre. Mira.

Ahora es su compañero quien aprieta la goma con el pulgar.

—No sé. Parecía...

—¡Andando! ¡Que aún no hemos llegado a la gasolinera!

Pedalean uno junto al otro y poco a poco sus figuras se recortan en la suavidad del día que se anuncia allí, a lo lejos, en la línea de la mar, donde apenas el gris comienza a convertirse en azul claro, en verdoso y carmín al mismo tiempo. Florencio Alcántara apunta la barbilla en un ademán hacia las aguas.

—Hoy volverá a hacer calor.

—¿Qué dices?

Alza la voz y sus palabras son extrañas al amanecer, como dichas desde una dimensión distinta a la cercanía del

mar y de la carretera, de los uniformes y de los tricornos enfundados en lona verde.

—Hoy será un día hermoso.

Frente a la estación de gasolina, la tienda de «souvenirs» es como una sombra que se refleja en la intensa luz neón que se esparce frente a ella. Al pie de la puerta hay unas vasijas de barro con geranios. No son tiestos, sino vasijas de formas extrañas y pintadas de colores.

—¿Preguntamos ahí, por si saben algo?

—No. Vale más que lleguemos cuanto antes.

—Después de la riera, ¿no?

—Eso ha dicho el tipo: frente el camping; un poco antes, conforme se va, del mirador.

—Entonces, ya estamos cerca.

—Sí. Anda, aprieta un poco.

Bordean la curva que la carretera traza sobre la Cala Bonita. Juan Riumalló mira hacia la playa y la ve clara y desierta. Piensa que dentro de unas pocas horas empezarán a llegar los primeros bañistas y, luego, desde las diez de la mañana, comenzará la arribada de las barcas que trasladan a los grupos de turistas desde el pueblo, en una breve singladura que costea desde el espigón del muelle y pasa muy cerca de las rocas. Cuando avance el día, las sirenas de las embarcaciones, los automóviles, los altavoces en las playas, convertirán todo el paisaje en un bullicio inmenso de vida y alegría. Cala Bonita bien merece el nombre que tiene. Es uno de los lugares preferidos por los turistas: ni lejos ni demasiado cerca del pueblo, abierta a Levante, rodeada de rocas y de pinos. Es uno de los pocos sitios cercanos al pueblo en donde todavía no se ha alzado ningún hotel. Ni siquiera hay merenderos y sólo un par de chavales venden cocacolas y limonadas que mantienen más o menos frescas en cubos con hielo y cubiertas con arpillera. Del camping «El Sol» bajan muchos turistas a bañarse en las aguas, siempre tan limpias, tan tibias, de Cala Bonita. Descienden por el sendero de la Cala de la Medusa y después bordean las

rocas. A Cala Bonita es difícil bajar porque las rocas, desde la carretera están casi cortadas a pico. No hace ni un par de años que uno de los hijos del sastre se despeñó allí. Y suerte que salvó el pellejo, que por poco no lo cuenta.

—¡Aprisa, hombre, aprisa!

Pedalean con energía y comienzan a sentir calor. A Florencio Alcántara no le gusta la bicicleta. Él es más bien grueso y, en cuanto hace un poco de ejercicio, empieza a sudar. Si pudiera, se trasladaba a los de tráfico, que esos sí que van bien, en las motos o en los jeeps. Pero no es fácil porque son muchos los que lo solicitan y se necesitan estudios y unos cursos especiales.

—¡Mira! ¡Allí ha sido!

Los dos buscan tras las curvas de la carretera, donde el acantilado serpentea en unos cientos de metros. Al fondo, poco más allá del puente de la riera, hay un par de turismos detenidos y varias personas se asoman mirando hacia las rocas.

Las bicicletas inician la subida y los dos hombres respiran con mayor fatiga. Ahora, el lugar del accidente se les oculta en la primera curva, pero los dos saben que se acercan por momentos y que sólo les queda el último esfuerzo de las piernas. Pasan sobre la playa que nadie sabe por qué se llama El Golfillo, cuando precisamente es un tramo recto y suave, antes de que la costa se haga en verdad sinuosa en brechas y pequeñas calas.

A pocos metros de la curva está el puente sobre la riera que rodea el terreno del camping como si fuese un antiguo foso para un castillo; un foso que durante casi todo el año está seco como un sarmiento y que sólo en invierno, cuando arrecian las lluvias, lleva un cauce de agua fangosa y pajiza.

Los que están al borde de la carretera les han visto ya y les miran como esperando de ellos, de sus uniformes, algo concreto y difícil, más allá del simple cumplimiento de un servicio. Juan Riumalló y Florencio Alcántara no pueden ver

más que el pretil de la carretera y quisieran, antes de llegar, descubrir por lo menos el vehículo que ha sufrido el accidente.

Descienden de las bicicletas y las dejan reclinadas en la cuneta. Juan Riumalló se ajusta el cinturón y se adelanta. Tras él, Florencio Alcántara da un salto hacia el otro lado y se asoma sobre el pretil. Allí, a pocos metros, está el coche: es un «2 CV» gris que no parece, por lo menos desde la carretera, muy destrozado. Florencio Alcántara se endereza y da unos pasos hacia el grupo que rodea a su compañero. En el horizonte, rompiendo la última y tímida resistencia de las nubes, el sol es un grito de luz sobre las aguas.

LO MÁS PENOSO de todo había sido la llegada a Barcelona. Penoso no por el hecho en sí, que ella estaba deseando, sino por la dificultad que tuvo en encontrar alojamiento. Tenía razón Ingrid, aquella chica medio sueca que trabajaba con ella en las oficinas de la fábrica de máquinas de fotografiar. Sí, tenía razón y lo mejor hubiera sido telegrafiar unos días antes y reservar habitación en cualquiera de los hoteles que le indicaron en la agencia de viajes. Pero pensó que a aquellas alturas de la temporada veraniega, a primeros de septiembre, no sería tan difícil como decían.

—Aquí tiene, señorita. Su cuenta.

—Gracias.

Sin embargo, las cosas habían salido al revés desde que llegó a la frontera franco-española. En la Junquera, ¿se llamaba así el paso fronterizo?, se encontró con una larga caravana de coches que, en ambos sentidos, dificultaban el tráfico. Cuando llegó a Barcelona, la hora que ella había calculado quedaba ya atrás. Entonces, efectivamente, empezó lo peor.

—¿Le ha gustado Barcelona, señorita?

—¡Oh, sí, es una bella ciudad!

—Es usted muy amable.

—Gracias. Perdone, no conozco muy bien la moneda...

¿Está bien así?

—Perfectamente.

Estuvo intentándolo en cuantos hoteles encontraba a su paso y en todos recibía idéntica respuesta: «Lo siento, está completo». Desesperaba ya de poder dormir en una cama y descansar del largo viaje en coche, cuando, inesperadamente, la fortuna le sonrió: en el hotel «Oriente» le propor-

cionaron habitación; pero únicamente podían ofrecérsela para dos días. Había tenido suerte, porque el matrimonio que la ocupaba tuvo de pronto que adelantar el regreso a su país.

—Su cambio, señorita. ¡Botones! La maleta de la señorita.

—Adiós.

—Buen viaje, señorita.

Su habitación daba a un patio interior, cosa que no le importó porque lo único que deseaba era dormir. Pero antes aún tuvo que aparcar bien el coche, entregar su pasaporte en recepción y esperar a que la habitación estuviese dispuesta, porque el matrimonio que la ocupaba no hacía ni media hora que la había desalojado. Al fin, tendida en el lecho, fumando el último cigarrillo del día, podría descansar, si es que el nerviosismo de las últimas horas y el saber que realmente se encontraba ya en España, no la desvelaban. Hacía años que soñaba en visitar España, el país que se había puesto de moda bajo el eslogan de que era un país distinto a los demás. «Spain is different». ¿Lo sería en verdad? De momento, su llegada no era demasiado agradable: inconvenientes en la frontera, caravana de coches hasta Barcelona, peregrinación de hotel en hotel para lograr una habitación, cansancio, nervios... Incluso sintió una pequeña rebeldía, un intento de marcha atrás, de censura, de incomodidad hacia sí misma por haberse lanzado a la aventura de pasar sola sus vacaciones en un país extranjero del que se decían tantas cosas buenas y malas, pintorescas y dramáticas.

Y ahora recorría la carretera —«En principio, lo que se dice de las carreteras españolas es exactamente cierto»— hacia el lugar elegido para pasar sus vacaciones: junto al mar, en uno de los lugares más favorecidos por la propaganda de las agencias y por la mucho más fidedigna propaganda de sus amigos que habían estado allí el año anterior. Recordaba su llegada a Barcelona y cómo al día siguiente,

muy temprano, se levantó y, con cierta timidez que se amparaba en una fingida desenvoltura, salió a la calle. Aprendió en seguida el nombre de aquella avenida que, a las nueve de la mañana, era un río de luz y de pájaros, de flores recién abiertas y de sorpresas que prometían no acabar nunca. Incluso dejó con pena la ciudad, que si, a su llegada, en el primer contacto, parecía hostil, se abrió luego hermosa y brillante. Sus amigos le habían dicho que a los españoles, como a cualquier ciudadano del mundo, les gusta que quienes les visitan digan que su ciudad es una maravilla y que se encuentran en ella más a gusto de lo que esperaban. Pero también le habían dicho: «No te fíes mucho de sus sonrisas. Con una mano llevan el sombrero hasta el suelo y con la otra te piden una propina». Todos afirmaban cosas distintas del país, de la gente, de las corridas de toros, del paisaje, de la calle y del vino, del sol y de las mujeres. Y ella se había propuesto descubrir por sí misma cuanto pudiera de esa España que, desde los años escolares, cuando todavía vivía con sus padres en Audenarde, se le apareció siempre como un pueblo de leyenda, de violencias y pasiones, de hambres y de poetas que decían sus versos vestidos de matadores de toros antes de que la fiera les rasgase el pecho con sus cuernos. España era un país que había hecho mucho daño al suyo y del que, históricamente, no se podía tener buen recuerdo. Desde su niñez las cosas habían cambiado un poco y las relaciones entre los dos países eran cordiales, a pesar de lo que se decía del régimen político de España y de la tiranía del general Franco. Tanto mejoraron las cosas que incluso la reina de los belgas era una española que, a través del rey Balduino, se había hecho querer por todos. Lástima que no tuvieran hijos porque, al fin, la corona recaería en los hijos del hermano del rey y de la princesa Paola, que era una italiana estúpida y presumida. Pero lo que importaba en aquellos momentos no era otra cosa sino España, estar en España, oír hablar el idioma que tan vagos recuerdos del estudio del latín le ofrecía. Por

fin se convirtió en realidad el sueño tanto tiempo acariciado: pasar unas vacaciones en el país del sol y de las galanterías, de las corridas de toros y de las catedrales, de las pasiones y del mar azul y suave, casi tan suave como los canales de Brujas que ella tanto amaba.

Apenas sin darse cuenta habían transcurrido ya dos días desde aquella noche un poco tonta en que anduvo de un lado para otro en busca de hotel. Dos días repletos de sorpresas, de descubrimientos, de alegrías... Desde su llegada, no paraba de recorrer las calles y de visitar los lugares que los folletos y las guías aconsejaban. Barcelona se le apareció así como un enorme contraste de luz y de suciedad, de vejez y de juventud, de sentido internacional y de provincianismo. Visitó la catedral y allí contempló, en una mezcla de respeto y frialdad, un crucifijo que la leyenda afirmaba obró un milagro en una de las naves de no recordaba qué famosa batalla.

Recorrió la inesperada geometría de la Sagrada Familia; se asombró ante el espectáculo del anochecer ciudadano visto desde el Tibidado; almorzó en uno de los restaurantes típicos del barrio de los pescadores; admiró las fuentes luminosas de Montjuich; paseó por las Ramblas y tuvo que resistir el acoso de los muchachos que se acercaban a decirle mil cosas en español o, a veces, en inglés. En esto sí que España era diferente; como la maravilla del Pueblo Español, lugar en el que estuvo una mañana entera... Las gentes parecían cordiales, pero también sentía una lejana confusión, como si los españoles, en su cortesía, en su cordialidad, se riesen un poco de ella...

Sin embargo, era pronto para juzgar, para intentar comprender algo en lo que nadie se ponía de acuerdo. Lo mejor era despreocuparse de ello, gozar de la luz y del sol que ahora invadía el paisaje. Aunque la carretera estuviese en peor estado y fuera aún más estrecha, todo quedaba compensado en la pureza de aquel cielo, en la cercanía del mar, en las vacaciones que tenía ante sí. Ahora estaba contenta

de haberse decidido a venir sola. Le gustaba la soledad y, en Bruselas, al salir de su oficina, buscaba siempre un pretexto para eludir la compañía de Ingrid, que vivía en su mismo barrio, e irse sola a pasear por las viejas calles que rodean la Gran Plaza. Y ahora estaba sola y se diría que para ella únicamente eran el sol, el mar y la mañana de septiembre en la mala carretera de la costa.

Debía ya de estar cerca del pueblo y, en vez de apretar el acelerador, retiró el pie suavemente. No tenía prisa o, mejor aún, deseaba paladear su llegada, su estar llegando a un pueblo, a un verdadero pueblo de España. «No seas tonta, Louise. En España, lo bueno de verdad son los pueblos». La enfermedad de su madre había frustrado el proyecto inicial de pasar un mes entero recorriendo España. Aprendió de memoria los lugares que más la atraían: Sevilla, Toledo, Málaga, Tossa, Torremolinos, Ávila, Pamplona... Cuando descubrió que Sevilla, Toledo, Pamplona y Ávila no estaban en el Mediterráneo, tuvo una desilusión. Al decidirse, para unas vacaciones de apenas quince días, escogió todo lo contrario de lo proyectado: iría directamente a un pueblecito de la costa, cerca de Barcelona si era posible, para poder ir a la ciudad de cuando en cuando si se aburría mucho en el pueblo elegido para sus vacaciones. Cuando en el hotel le dijeron que sólo dispondría de la habitación durante dos días, decidió quedarse ese tiempo en Barcelona. No estaba arrepentida de haberlo hecho así. Barcelona había sido una bella experiencia, un primer contacto con España.

Al ver los coches detenidos en la explanada que se abría como una invitación, redujo la velocidad y, frenando, giró hasta colocarse junto a un «Taunus» que ostentaba matrícula suiza. Descendió de su modesto y utilitario «2 CV» y se aproximó a la baranda del mirador sobre el mar. Respiró hondamente, saboreando el aire marino que le llegaba, y cerró los ojos para, luego, abrirlos y recorrer el paisaje espléndido que se prolongaba en una cadena de rocas, de